

tan soberbio como Paulo IV. El general no queria nada con el Pontífice, mientras el Pontífice queria concluir con el cuerpo y el alma del general y sus soldados. Nunca se vió tan clara, como en esta hora suprema del tiempo, la incompatibilidad manifiesta entre el poder espiritual y el poder temporal de los Pontífices. Mientras el ejército, que combatia por necesidad al Papa, se hallaba compuesto de los soldados, defensores de la fe católica en Mulberga contra los magnates del Protestantismo y en Viena contra los turcos del Islam, piadosos hasta creer su vida eterna en manos del mismo á quien asediaban; las tropas del Papa se componian de franceses ligeros y protestantes antiguos, los cuales se reian á mandíbulas batientes de la misa y tomaban al mismo á quien defendian por el demonio en persona, ó, á lo menos, por el Antecristo.

Los franceses, en número de diez mil hombres, aparecieron sobre los Alpes; y el Papa vió colmados sus votos. Querian estos dirigirse á Milan, pero la imperiosa voluntad ponticia les señaló el camino de Nápoles, diciéndoles que á la vista de una flor de lis francesa, levantaríase todo el reino en armas contra los leones españoles. No se levantó nadie. La duquesa de Bari, recién venida de Polonia con copiosísimos tesoros, fundió hasta las campanas de su ducado, para sostener y auxiliar con dineros al duque de Alba y darle varios cuerpos mercenarios, los cuales combatian con gran valor y profundo conocimiento de la guerra.

A estas fuerzas incontrastables uniéronse las rivalidades interiores de los papistas. El duque de Guisa, que mandaba el ejército francés, no podia entenderse con Carafa, sobrino predilecto del Papa, que mandaba, en compañía de un Orsino, las allegadizas tropas pontificias y queria convertirlo todo en levadura de su lucro y en pedestal de su crecimiento, ni mas ni menos que los Médicis en tiempo de Leon X y Clemente VII, los Borgias en tiempo de Alejandro VI, y los Farnesios en tiempo de Paulo III. Así, las batallas pasaron del territorio napolitano al territorio papal; y los vasallos del Papa sufrieron todas las plagas propias de una guerra. En vano millares de suizos corrieron en defensa de la temporal autoridad del Pontífice; los lansquenets alemanes y los tercios españoles dieron buena cuenta de ellos y los destruyeron con ímpetu y en arranques tan heróicos y tenaces como dignos de su

indómita resistencia. En esto ganó España la batalla de San Quintin, y se vió la capital de Francia casi á merced del vencedor, quien hubiera podido mandar de nuevo al hijo del Rey caballero cautivo á Madrid, apresándolo, no ya en la cartuja de Pavía, en los salones del Louvre. Gritó Enrique II en sus angustias, para que lo favoreciese Paulo IV de igual guisa que á Paulo IV habia él favorecido; pero el Papa, en su ruina y en su humillacion espantosas, nada podia de algun provecho al francés hacer, y los franceses, naturalmente, abandonaron á Italia para correr en socorro de su monarca y de su patria.

Ni Felipe II en Francia, ni el duque de Alba en Roma, supieron aprovecharse de las batallas que habian ganado sobre las tropas de los Valois aquel, y este sobre las tropas de los Carafas. El primero no fué, como su padre aguardaba, en alas de su triunfo hasta Paris, y el segundo no arregló con Paulo IV la paz ventajosa exigida por el odio á nuestra nacion y á nuestra gente del violentísimo Pontífice. Católico hasta la exaltacion mas fanática nuestro implacable general, cayó de rodillas y plegó las manos como un cuitado en presencia del hombre á quien habia vencido, temeroso de que le mandase al infierno por sus mismas victorias. La paz de consiguiente se pactó á impulsos de tan grande temor piadosísimo; y el Papa obtuvo las ventajas territoriales que quiso y la devolucion de los castillos y de los pueblos tomados por nuestro ejército en las necesidades imprescindibles de la guerra. A pesar de todo esto la política de Paulo IV quedaba rota; la dominacion castellana reconocida en Milan y en Nápoles: el duque Cosme, á quien habia querido arrojar de Florencia, engalanado con la presa de Sisena; los Colonnas, hechos de nuevo grandes generales y grandes señores en Italia; los Farnesios restituidos á Plasencia; y los Carafas castigados por las manos mismas de un Carafa, por las manos mismas de Paulo IV, infeliz con la infelicidad que sobre todos los hombres sienten y experimentan los soberbios en los trances nefastos de su vida y en las humillaciones merecidas y en las irremediabiles derrotas.

Ya que no pudo hacer otra cosa, castigó á sus propios instrumentos, á los que mas le habian ayudado en sus desastrosas empresas. Enemigo del nepotismo, penetrado de que ninguna calamidad fuera tan dañosa para la

Iglesia como la fortuna y la riqueza y el poder de los hijos y parientes de los Papas, propúsose, desde un principio, ahuyentar de sí, cual hiciera Marcelo II, á toda su familia. Pero lo que convenia desde luego al Pontífice, no convenia de ninguna suerte al monarca. Necesitado este de instrumentos dóciles para obtener su predominio político en el mundo y expulsar á los españoles de Italia, no podia encontrarlos mejores que dentro de su propia familia, por los lazos de la sangre y del interés asociada naturalmente á su fortuna. Monarcas vitalicios los Papas, en la imposibilidad material de trocarse en monarcas hereditarios, creaban dinastías feudales ó régias, como los Colonnas, los Orsinos, los Médicis, los Farnesios, los Carafas, dinastías funestas, funestísimas á todo el resto de Italia. Si Paulo IV fuera solo Pontífice, rechazara con desden á sus parientes; pero monarca, y monarca militante, ambicioso, combatiente, necesitaba de los suyos, como necesitaba del poder material y del ejército armado. El intrigante cardenal Carafa obtuvo cuanto quiso de su tío; y el terrible capitán Carafa, especie de condotiero desatinado, resto podrido de los caballeros feudales que salteaban los caminos en la Edad media, pensó mil veces, á guisa de un César Borgia, ó de un Octavio Farnesio, ceñirse corona forjada en el horno de la guerra y embellecida con el esmalte de la protección pontificia. Pero Paulo IV no queria los Carafas, sino en cuanto le ayudaban contra los españoles, é iban de ministros y embajadores á Francia, y trataban con Soliman de Constantinopla, y dirigian y mandaban los ejércitos pontificios, aunque fuese contra poderes como el poder de Carlos V y contra generales como nuestro duque de Alba en servicio á la política pontificia. Pero derrotado Paulo IV por los españoles no necesitaba para nada de los Carafas. Así abrió amplia información sobre sus vicios, sobre sus crímenes, y los expulsó á todos de Roma. Aquel brillante sobrino que tanto combatiera por su tío se vió desposeido de sus bienes, todos confiscados. Su madre, setentona ya, y postrada, y paralítica, tuvo que salir de la Ciudad Eterna, viendo el nefasto pariente ciego á sus lágrimas y sordo á sus clamores. La joven marquesa de Montebello encontró cerrado á piedra y lodo su palacio, y solo pudo recabar un albergue allí donde se asilaban los pordioseros, y hasta los bandidos, en las humildes hosterías. El cardenal pidió que lo dejaran morir en una cárcel romana, pero los suizos

le arrojaron á culatazos, no solamente á él, sino á todos sus domésticos y á cuantos por él se interesaban, pagando así aquella familia obediente las locuras y los ensoberbecimientos de su jefe, el cual no dudó hasta entregar la dirección de las cosas eclesiásticas y sagradas á un militar cuando así convenia de algun modo á sus ambiciosos proyectos.

Ya que no pudo el inexorable monarca satisfacer sus ambiciones en política, las satisfizo á su antojo en religion; y la misma brusquedad que llevaba de suyo á los asuntos del Estado llevó á los asuntos del clero. No deponia un gobernador por un simple decreto, mandaba, como hizo en Perusa, tristemente, por ejemplo, al sucesor, no solo que le sucediese, sino tambien á que lo encarcelase. Puso un correo con sus correspondientes buzones para que todos sus vasallos le comunicasen sus quejas; y cuando alguna le llegaba hasta el alma, escogia siempre por remedio el cauterio. Llenóse bajo su mando el índice romano de tal manera, engrosando sus nefastas columnas con libros prohibidos, que era inútil hasta saber leer; y la Inquisición se volvió con tanto furor, no solo contra las ideas, sino tambien contra las costumbres, que, segun refiere un historiador, treinta mil frailes acusados de varios delitos ó de varios vicios emigraron á la República veneciana, y muchos de ellos, en su terror y en su fuga, se hicieron hasta turcos. Él beatificó á Santo Domingo, por haber fundado la Inquisición; él llevó á unos cardenales á presidio por creerlos heterodoxos y á otros por creerlos corrompidos. Su furia se concentró tambien con toda su actividad en purificar el culto, en corregir el clero, en reformar los cánones, en contribuir á la mejora de vida en los eclesiásticos y al posible aumento de la disciplina y de la obediencia, dando en este sentido tal número de disposiciones que luego el Concilio de Trento las elevó á leyes constitucionales de la Iglesia.

Pero su violencia lo malogró todo. El día de su muerte fué un día de regocijo para la Ciudad Eterna. El pueblo, al saber que habia reventado, como dicen los historiadores del tiempo, se dió á una demente alegría. El palacio de la Inquisición fué reducido á cenizas y los dominicos estuvieron á punto de morir abrasados en sus llamas. Los Colonnas, los Orsinos atizaron toda suerte de excesos. Proclamóse desde las alturas del Capitolio la universal alegría de todos los hombres á una por el fin de tan aborrecible tirano.

Decretóse la demolición de todos cuantos edificios había erigido, para que se perdiese y aniquilase hasta su recuerdo en la historia. Su estatua fué derribada del pedestal y en las calles conducida por el populacho á rastras. Comenzaron por quitarle aquel brazo derecho, con que daba la comunión, y concluyeron por descabezarla, después de haberle roto la barba y la nariz. En cierta encrucijada le pusieron un gorro amarillo de judío y en otra lo quebraron en mil pedazos, arrojando luego todos aquellos fragmentos al Tíber.

Tanto la política de Paulo III como la política de Paulo IV sirve de lección y enseñanza para mostrar á todos los estadistas cómo las exageraciones dañan siempre y con daño irreparable á las causas mismas que intentan defender y salvar. Uno y otro Pontífice, por motivos de orden temporal, y olvidando su ministerio religioso, divorciaron al Pontificado romano de la España católica; y al divorciarlo, cometieron error gravísimo y prosperaron el protestantismo revolucionario. Ningun pueblo tan católico en el mundo como el pueblo español entonces. La revolución religiosa le sorprendió cuando acababa de rematar su épica batalla de siete siglos contra los árabes, y tenía que comenzar el bautizo y cristianización de los indios en el recientemente hallado Nuevo Mundo. No había nación más obligada por las leyes naturales de su vida y por las tradiciones incontrastables de su imperio á defender la causa del Catolicismo y á sustentar la institución del Pontificado. Francia en el centro de Europa y en la indispensable comunicación y comercio con todas las ideas á que la obligaba su misma latitud geográfica, no podía, con haber salvado ella sola en siglos peores el catolicismo, dejar de asimilarse, con mayor ó menor asimilación, todas las innovaciones religiosas y todas las ideas científicas que fulguraban á una en las líneas de sus dilatadas fronteras. Italia, nunca muy católica, siempre muy pagana, encontrándose á mediados del siglo décimoquinto con la herencia helénica legada por la rota de Bizancio y con el arte antiguo perdido como un talisman precioso en las ruinas, debía darse, acompañada de su coro de artistas, como Vénus de su cortejo de ninfas y de gracias, á sustituir la vieja religión teocrática de la Edad media con la nueva religión estética de la hermosura, para la cual elevaba en su privilegiado suelo, parecido á un verdadero templo, altares cin-

lados por buriles tan atenienses como los que abrieron y dibujaron las estatuas y los relieves de los dioses griegos en las canteras del Pentélico. Alemania, Holanda, Inglaterra, Dinamarca, Escocia, Helvecia se habían perdido para el catolicismo; y el mundo eslavo se había rendido, con excepción de Polonia y los dominios venecianos, al antiguo clero de Bizancio. Por consiguiente, no quedaba más defensora de la fe ortodoxa en toda su pureza que nuestra España con toda su pujanza. Y bastaba ciertamente, porque aquello no era tanto una verdadera nación como un verdadero mundo. Sus territorios entraban dentro de la nación francesa y la tenían bajo una constante amenaza; por Austria dominaba en el Oriente y por Flandes y Holanda en el Occidente de Alemania; con Milan se enseñoreaba del Norte y con Nápoles del Mediodía de Italia; poseyendo á un extremo del Mediterráneo las Dos Sicilias predominaba sobre todos los archipiélagos meridionales de Europa no ocupados por los turcos; y extendiéndose desde Túnez á Ceuta poseía los medios únicos de contrastar al mundo musulmán; el viaje de Colon le trajo toda América; el viaje de Magallanes los pasos maravillosos del Atlántico al Pacífico y del Pacífico al Atlántico; la muerte de don Sebastian Portugal y las inmensas Indias orientales; el casamiento de Felipe II Inglaterra é Irlanda, con la esperanza de poseer á Escocia; por consiguiente aun podía España sola, cuyo poder llenaba el Universo y constituía la mayor autoridad de aquel tiempo, contrastar la revolución religiosa y reconstituir la autoridad pontificia.

¿Quién aconsejó á los Papas que se apartaran de la nación española y la combatieran con aquel reconcentrado furor? ¿Quién les dijo que lanzaran fuera de sí la monarquía, la cual formaba como un cuerpo y un organismo de la idea católica? Cuanto más se profundiza en la historia, más se advierte la incompatibilidad radical entre los dos poderes de los romanos Pontífices. Los Farnesios de Paulo III y los Carafas de Paulo IV fueron los demonios que rasgaron el pacto entre la Iglesia católica y la nación española. La sobreposición del sentimiento de familia en uno y del sentimiento de patria en otro al carácter universal pontificio, determinó una política estúpida, que, sin alcanzar la extinción de nuestra fe histórica, nos obligó á debilitar con nuestras armas al representante primero de esta nuestra fe sobre la tierra.